

Usos, abusos y desusos del nacionalismo en el México contemporáneo

César Cansino | ITESO, México

Resumen

Por todas partes, el nacionalismo ha sido un componente ideológico constitutivo de los Estados en su búsqueda de legitimidad. Pero el nacionalismo, al apelar a la historia de los diversos países, y ser ésta específica, ha desempeñado su función de acuerdo con las circunstancias particulares de cada uno de ellos. En el caso mexicano, gran parte de su singularidad deriva de haberse gestado tras una revolución y de haberla convertido en régimen una vez superadas las divisiones que desgarraban el país. El presente artículo intenta desentrañar de la madeja de los elementos ideológicos constitutivos del nacionalismo en el poder, qué hay de perenne, qué de renovable y qué es preciso eliminar, así como las consecuencias que está experimentando tras la llegada de la democracia a México en las elecciones del 2 de julio de 2000.

Palabras-Clave: Nacionalismo mexicano Revolución Ideología Democracia

Abstract

Nationalism has been everywhere a constitutive ideological component in the State's search for legitimacy. But nationalism, since it is related to each countrys history, has fulfilled this function according to the particular circumstances. In the Mexican case, the legitimacys uniqueness is due to its revolutionary origin and its conversion into a regime once the political divisions were overcome. This article looks into the ideological elements that conform nationalism in power, what is permanent, what could be renovated and what should be eliminated; but also the consequences experimented when democracy arrived to Mexico on July 2, 2000.

Key-Words: Mexican Nationalism Revolution Ideology Democracy

Si el nacionalismo apela a la historia, tradiciones, costumbres, expresiones artísticas y modos de vida históricamente configurados en una nación, todo lo cual constituye la esencia de la identidad nacional propia de un país, es hasta cierto punto lógico que del nacionalismo o de la cultura nacionalista se hayan hecho a lo largo del tiempo y en todas partes muchos usos políticos y/o ideológicos. De hecho, para una

vertiente de estudiosos del tema, el nacionalismo es ante todo una ideología que convierte a la nación en valor absoluto, una ideología entendida como falsa conciencia, como discurso mitificador de la realidad. Y si bien un país, por regla general, conserva y lega a las generaciones venideras un centro más o menos fijo e intocado de valores, iconos e ideas de lo nacional, independientemente de las actualizaciones, ajustes o redefiniciones que pudiera experimentar, el hecho es que una cultura nacionalista siempre puede manipularse o utilizarse como política o como ideología, como fuente de legitimación de una élite política[1]. De ahí que podamos hablar de usos, abusos y desusos del nacionalismo.

En nuestro país tenemos ejemplos insuperables al respecto, pero sobre todo en la era de la revolución institucionalizada, en la que una élite política, aquella que triunfó en la Revolución, acudió a todo cuanto estaba a su alcance para legitimarse, reproducirse en el poder y justificar su proyecto de nación. De hecho, fue un entramado básicamente de tipo simbólico y cultural el que permitió al régimen autoritario mexicano mantener su larga continuidad y notable legitimidad durante décadas. Y si bien el nacionalismo mexicano había definido mucho tiempo atrás los rasgos constantes de la imagen nacional, desde el siglo XVII hasta el siglo XIX (la reivindicación del pasado indígena, el guadalupanismo, el mestizaje, los atributos naturales, etcétera), en el siglo XX las élites triunfantes en la Revolución le imprimieron al nacionalismo nuevos rasgos por convenir a sus intereses[2]. En ausencia de prácticas democráticas o de plenas garantías y derechos o de una cultura de respeto a la ley, la Revolución hecha régimen apeló al nacionalismo como fuente de legitimidad, y en algunos momentos al crecimiento económico o a la justicia social. Por esta vía, el nacionalismo se convirtió en un componente ideológico del régimen posrevolucionario, el "nacionalismo revolucionario", el cual se acentuó en la práctica con una política de nacionalizaciones y expropiaciones en los años veinte y treinta.

En el México postrevolucionario, el nacionalismo se convirtió entonces en una ideología organicista y geométrica, un discurso sobre la sociedad organizada desde el Estado y el partido como articuladores de clase, una retórica de lo popular, una estrategia estatista que renuncia a la autonomía de lo social para privilegiar las alianzas con el Estado. En síntesis, el nacionalismo revolucionario fue el sustrato ideológico de un régimen autoritario, muy eficaz por cierto si se constata su larga duración. Sin embargo, como sabemos, por efecto de varias causas (las aperturas

democrática y económica a partir de los años ochenta, sobre todo), terminó agotándose o vaciándose de contenidos. De hecho, la actual coyuntura de alternancia en el poder nos ofrece una valiosa oportunidad para discutir qué contenidos de ese nacionalismo es hora de mandar a retiro, cuáles pueden permanecer reformulados y cuáles son constantes por ser parte de nuestra identidad nacional.

Usos y abusos del nacionalismo

Históricamente, la consolidación de las ideas y los relatos sobre la nación y la nacionalidad en todo el mundo ha estado vinculada al intento por parte de las élites dominantes y los gobiernos de crear una nueva identidad que legitimara el aumento del poder del Estado; es decir, el nacionalismo ha sido un componente ideológico constitutivo de los Estados en su búsqueda de legitimidad. Con todo, el establecimiento de una identidad nacional como parte de un proyecto político explícito pretendido por las élites rara vez fue un invento completamente suyo. Que las élites pretendieron activamente generar un sentido de nacionalidad y de compromiso con la nación -una comunidad nacional de destino-, no significa que dichas élites inventaran naciones donde no existían. La construcción de identidades nacionales con fines políticos abrevia en las tradiciones, valores e historia en un territorio y una población, pero las élites los redefinen y potencian para cumplir determinados objetivos. Y sólo cuando logran cimentarse en la población se puede hablar de un cultura nacionalista[3].

En el caso de nuestro país, la élite triunfante de la revolución tenía muchos motivos para apoyarse en la cultura nacionalista y en los rasgos de identidad nacionales para avanzar en la construcción de su proyecto de unificación del Estado. Después de la fase armada de la Revolución el país aparecía fuertemente dividido y fragmentado; las divisiones políticas, los grupos en pugna y los muchos intereses en disputa que afloraron en esos años parecían reproducirse sin cesar alimentando la inestabilidad y la lucha por el poder. De ahí que sólo podía triunfar aquel grupo político que fuera capaz de unificar a la nación, de impulsar los acuerdos y las alianzas que pacificaran al país y promovieran una era de estabilidad y civilidad. El gran acuerdo constitucionalista del 17 bajo la égida de los carrancistas fue en ese sentido un paso decisivo, pero tuvieron que pasar varios años más para que se pudiera consolidar el nuevo Estado mexicano surgido de la Revolución. La década de los treinta marcó la

diferencia. En estos años no sólo se generaron e institucionalizaron las formas de relación social que permitieron al Estado obtener los apoyos para su continuidad, sino que los grupos políticos triunfantes de la Revolución ya unificados en el PNR (Partido Nacional Revolucionario) delinearon ideológicamente los rasgos centrales de su discurso del poder, para dar coherencia y legitimidad al Estado, el "nacionalismo revolucionario".

La esencia de este discurso ideológico que enarboló el régimen político posrevolucionario durante décadas, a diferencia de otros discursos legitimadores del poder político más elaborados y articulados en sus contenidos en otros países, como pueden ser el comunismo o el fascismo, o incluso otros nacionalismos más sofisticados, es su flexibilidad y escasa rigidez. El nacionalismo revolucionario fue más bien un discurso salpicado de populismo, desarrollismo, antiimperialismo, antiyanquismo, indigenismo, paternalismo, etcétera, dependiendo de las circunstancias, por convenir a los intereses de una clase política pragmática y oportunista. Fue la fórmula perfecta para unificar a la nación y sentar las bases para la perpetuidad de una clase política que monopolizó el poder durante décadas. Con el nacionalismo revolucionario no sólo se dio coherencia y legitimidad al Estado, sino que se favoreció la paz social al conciliar las contradicciones entre clases y grupos sociales, y coadyuvó al consenso político nacional[4].

La mecánica de este discurso es simple y compleja a la vez. Por una parte, en tanto ideología legitimadora, el nacionalismo revolucionario provee un sentimiento de identidad nacional asociado a la labor social y desarrollista del Estado; y por la otra, en tanto estrategia política, permite descalificar y neutralizar cualquier otro proyecto político que no coincida con el del Estado nacional, para el caso da lo mismo que se llame democracia, autonomía sindical o pluralismo. Así, desde el Estado se difundió una determinada concepción del propio Estado, nacionalista y revolucionario, con el que éste legitimó su proyecto y neutralizó a sus adversarios. En nombre del nacionalismo revolucionario se configuró el sistema político mexicano tal y como lo conocimos: con una enorme concentración de las decisiones en el vértice del poder, en manos del Presidente, jefe supremo de las fuerzas armadas y defensor de la patria, un partido nacionalista y popular que abanderaba los intereses sociales mediante organizaciones gremiales, una estructura clientelista de apoyos y lealtades funcional a los objetivos de mantener y alentar ciertos privilegios y contener la explosividad

sociales de alto riesgo, una estructura jurídica y legal discrecional que otorgaba al Jefe del Ejecutivo amplias prerrogativas mediadoras y un halo de gran benefactor en situaciones de controversia, un sistema sin partidos y sin democracia, aunque con mecanismos formales para garantizar la circulación de las élites.

El momento culminante del nacionalismo revolucionario se alcanzó durante el cardenismo, al que hay que abonar tanto la política de masas del Presidente Lázaro Cárdenas que terminó definiendo la estructura corporativa del partido oficial como su política de nacionalizaciones, que exacerbó los sentimientos nacionalistas en antagonismo a cualquier proyecto que disputara al país su soberanía, sobre todo económica. Desde entonces, pero sobre todos después de los años cuarenta, empezó a caminar por sí sola una industria cultural nacionalista y popular que terminó por masificar y unificar los patrones de identidad que hasta la fecha conservamos y facilitó el camino a la propia clase política para afinar su discurso: la época de oro del cine nacional, con sus alusiones a lo popular y a nuestras raíces; el muralismo, con su elogio desmedido a los éxitos populares de la revolución y su descalificación del imperialismo, el capitalismo y de los Estados Unidos, su reivindicación de las causas obreras y su afinidad comunista; la música vernácula, con su exaltación de lo mexicano, del charro, del folklore y de la raza, sin olvidar los libros de texto gratuitos que con su historia oficial terminaron por recrear nuestro mito nacionalista, etcétera.

Existe consenso entre los estudiosos de la identidad de lo nacional en señalar que el misterio de la larga permanencia del sistema político mexicano que creció a la sombra de la Revolución de 1910 y que dominó hasta el 2000, se encuentra en buena medida en la compleja trama de aspectos simbólicos y culturales que se fue tejiendo en torno del poder constituido, una suerte de mecanismos de mediación política y simbólica que hacían aparecer al Estado como un ente comprometido con las causas populares, promotor de las fuerzas rurales y urbanas, protector de una economía "mixta", cualquier cosa que esto significara[5]. En todo caso, se trató de mediaciones de legitimación extrasistémicas o tradicionales, pues el sistema político abandonó o simplemente ignoró otros principios posibles de legitimidad racionales o legales para sobrevivir, sea la democracia o la participación sin tutelajes. De ahí que es pertinente preguntarse si es posible vislumbrar un régimen democrático como el que se inauguró con la alternancia en el 2000 sin esas fuentes simbólicas de legitimidad que fueron tan decisivas en el pasado inmediato.

Los desusos del nacionalismo

Me parece que existen tres grandes coordenadas para pensar el nacionalismo mexicano en este principio de siglo, algunas generadas por la propia dinámica de cambio político interno (la transición democrática que tuvo en la alternancia del 2000 un punto de inflexión indiscutible), y otras por las tendencias mundiales actuales que replantean para el país y para su soberanía aspectos cruciales como su relación estratégica con Estados Unidos y con la globalización.

a) Nacionalismo y democracia

El 2 de julio de 2000, la nación mexicana escribió una de las páginas más importantes de su historia. Por la vía de las urnas, los mexicanos decidimos terminar una era política autoritaria que se prolongó por más de setenta años para construir en su lugar un régimen de plenas libertades y garantías. Más allá de la discusión sobre el punto en que nos encontramos actualmente en la transición democrática, y sobre los muchos deberes y haberes que nos aproximan a o alejan de este ideal, debemos destacar que el arribo de la democracia en nuestro país introduce nuevos criterios de legitimación y de cultura política que modifican nuestra cultura nacional. Como ya vimos, la democracia y la nación nunca han caminado juntas en la historia de México. Esto no significa que la democracia no haya tenido partidarios en el pasado o que en su nombre no se hayan librado diversas luchas o disputas ideológicas. Por el contrario, ha habido en el país en distintos momentos un arduo debate sobre la democracia, en el que se han ido forjando los ideales, los valores y los conceptos democráticos que hoy orientan o pretendemos que orienten nuestra práctica política. De hecho, al igual que con el nacionalismo en su tiempo, la democracia se usó constantemente con fines políticos e ideológicos mucho antes de que se materializara en prácticas e instituciones. Pero como no existía una correspondencia clara entre el discurso oficial sobre la democracia y la realidad, la democracia se convirtió en un componente más de la ambigüedad ideológica que caracterizó al viejo régimen durante años. Por su parte, los opositores al régimen también encontraron en la democracia un estandarte para intentar deslegitimar al régimen priista y para luchar por su derrocamiento [6].

¿Pero cómo impacta el arribo de la democracia a nuestra cultura política? Para

empezar, introduce una idea de pluralidad y diversidad de intereses que desborda las concepciones corporativas, orgánicas y verticales del pasado. Si antes se subsumía a la sociedad en el Estado o en el partido, como criterio legitimador de un proyecto de unidad nacional, la democracia muestra que hoy ya no puede haber ningún eje que aspire a dar sentido a la totalidad, sino múltiples proyectos de nación, muchas veces contradictorios, pero igualmente legítimos como para aspirar a merecer las preferencias de los ciudadanos. Y con la pluralidad también se introduce una nueva valoración de la competencia y la negociación para hacer avanzar iniciativas o proyectos. Esta concepción de la política, como juego incluyente e integrador, de suma positiva, supone un cambio en la cultura política nacional, del paradigma revolucionario al democrático. Con todo, como advierte muy bien García Clarck (2002), este paso no ha sido pleno ni observado por todos los actores políticos. Muchos siguen pensando en términos excluyentes, ya sea porque permanecen atrapados en los viejos esquemas, o porque consideran que la democracia política no sirve para nada si no se traduce en democracia social. No es casual, por ejemplo, que aún no se hayan dado las condiciones para que los diversos actores políticos avancen en la negociación y aprobación de las reformas que el país necesita con tanto apremio en la actualidad.

Pero volviendo al punto, es indudable que la lucha por la democracia en México y sus logros introduce elementos culturales y simbólicos que terminan por ser constitutivos de la propia identidad nacional, la que puede ser, al mismo tiempo que nacionalista, democrática. Visto en este contexto, los méritos de la democracia como valor universal pueden relacionarse con ciertas virtudes distintivas que van unidas con su práctica libre de trabas. De hecho, podemos distinguir con Amartya Sen (2001) tres formas diferentes mediante las cuales la democracia enriquece la vida de sus ciudadanos. Primero, la libertad política es parte de la libertad humana en general, y el ejercicio de los derechos civiles y políticos es parte crucial de la vida de los individuos como seres sociales. La participación política y social tiene un *valor intrínseco* para la vida humana y el bienestar. Segundo, la democracia tiene un *valor instrumental* importante al mejorar la audiencia que obtiene la gente en la expresión y el apoyo de sus demandas de atención política. Tercero, la práctica de la democracia otorga a los ciudadanos la oportunidad para aprender uno del otro, y ayuda a la sociedad en la formación de sus valores y prioridades. En síntesis, la democracia tiene una *importancia constructiva*, en adición a su valor intrínseco para la vida de los ciudadanos y a su importancia instrumental en las decisiones políticas

b) Nacionalismo y Estados Unidos

En la práctica, el nacionalismo mexicano se ha vuelto insustancial frente a su vecino del Norte. El resentimiento y la desconfianza históricos de nuestro país hacia Estados Unidos, desde la guerra del 47 pasando por la invasión de Veracruz, sólo se mantiene como un baluarte cultural, pues la dependencia real de México de la potencia norteamericana es abrumadora, al punto de que nuestra economía toda se mueve en buena medida según los lineamientos y las exigencias de la de Estados Unidos. En virtud de ello, hay quien sostiene de manera pragmática que mantener el nacionalismo de nuestro país frente a Estados Unidos, además de inútil e insustancial, dada la enorme asimetría real entre los dos países, puede llegar a ser costosa en la medida en que reproduce desconfianzas y rencores añejos. Más valdría, desde esta perspectiva, adoptar una nueva actitud más madura y realista, abandonar explícitamente el nacionalismo y mostrar ante el imperio una actitud más abierta y menos reservada para no quedar expuestos a riesgos o presiones innecesarios producto de una relación tensa o incierta. Obviamente, el tema es polémico y sigue generando enormes controversias. Y si bien puede haber interés por parte de algunas autoridades de caminar hacia esa dirección, por criterios de eficacia o racionalidad económica, la existencia de resquemores cada vez que se pone en entredicho el tema de la soberanía nacional (como en el caso de las privatizaciones de parte de las industrias petrolera y eléctrica) muestra que el nacionalismo (entendido ya sea como la soberanía del país en sus recursos naturales o como resabio histórico y cultural hacia Estados Unidos) sigue siendo un componente central de nuestra identidad como nación, por más que la realidad la contradiga o la rebase. Una conclusión parece desprenderse de este punto: muchas veces el nacionalismo puede volverse insustancial por la vía de los hechos, pero no puede renunciarse a él mientras conserve un peso simbólico en el imaginario social, aunque el resultado sea ambiguo [7].

c) Nacionalismo y globalización

Las actuales circunstancias del mundo, que acrecientan los procesos de globalización

en todos los órdenes -economía, cultura, política, ciencia, etcétera- obligan a redefinir la idea de nación y soberanía. Más aún, la mundialización aparece cada vez más como una tendencia opuesta al nacionalismo, al grado de que ambas parecen afirmarse como las corrientes ideológicas contrapuestas que se disputan hoy el interés y el respaldo del mayor número posible de adeptos. En el contexto de globalización que vive el planeta, se ha dado cierto debilitamiento tanto del Estado nacional en términos de soberanía como del nacionalismo, en virtud de la heterogeneidad de formas de vida diversas, que se hace ostensible en un marco de intenso intercambio de información y de flujos migratorios crecientes en todo el mundo. Estos actores han dado lugar a un cambio de forma en las identidades nacionales -identidades más abiertas a contenidos universales y abstractos y menos apegadas a tradiciones locales, más sensibles a las coincidencias que a las diferencias-. Con todo, existe un debate inconcluso sobre la manera en que la globalización afecta realmente a las culturas nacionalistas[8].

Para los escépticos, el ascenso de las naciones, del nacionalismo y de los Estados-nación llevó a una organización de la vida cultural según parámetros nacionales y territorios muy sólidos y que por lo mismo no puede verse erosionada por las fuerzas transnacionales y, en particular, por el desarrollo de una cultura de masas global. Además, sostienen, el contacto mediático con otras culturas, en lugar de suprimir las diferencias nacionales las acentúan, pues generan una conciencia de la diversidad cultural. En la posición contraria, los convencidos sostienen que el nacionalismo pudo haber sido funcional y hasta esencial para la consolidación y el desarrollo del Estado moderno, pero hoy se enfrenta a un mundo en el que las fuerzas económicas, sociales y muchas veces políticas escapan a la jurisdicción del Estado-nación, lo que ha conllevado la aparición de una conciencia global que incluso representa la base de una incipiente sociedad civil global.

Pero estas discusiones no son sólo teóricas, sino también expresión de una disputa ideológica entre posiciones cada vez más alejadas e irreconciliables, y que tiene en los así llamados "globalifóbicos" y los "globalifílicos" a sus portavoces. El problema con esta disputa es que muchas veces conduce a alegatos estériles que en lugar de alentar soluciones a los muchos problemas de exclusión social, asimetría entre naciones y desigualdad que indudablemente ha conllevado la globalización, abonan a la incertidumbre y a la confrontación. Y en este aspecto, por estar nuestro país colocado del lado de los países menos favorecidos por la globalización, no es difícil que se

exalten los rasgos nacionalistas por sobre los transnacionales, y con ello la crítica a la globalización. Pero en ese caso, habrá que advertir también los riesgos y las contradicciones que abrazar esta posición puede tener para la nación.

Es muy fácil fustigar a los demás, a un otro real o ficticio, antes que mirarnos en el espejo de nuestras propias mediocridades y de asumir sin hipocresías nuestra propia responsabilidad en el desastre económico de nuestro país. De hecho, cuando se trata de medirnos con los países ricos casi siempre surge esa voz lastimera y victimista con la que santiguamos nuestras almas. Los países ricos nos han saqueado toda la vida, nos han explotado y condenado a la miseria. Si a alguien hay que culpar de nuestra ruina es al neoliberalismo o al imperialismo o al capitalismo o a Estados Unidos o a la "madre Patria" o a la globalización, para el caso da lo mismo, siempre y cuando nos concibamos como las víctimas indefensas de la voracidad desmedida de los poderosos.

Huelga decir que esta actitud victimista tan introyectada culturalmente en México y en mucho países puede resultar sumamente peligrosa en el momento de ensayar vías para aliviar nuestros rezagos. Esto es así porque el victimismo, como recurso para transferir a otros la culpa de nuestros males y desentendernos de nuestras propias responsabilidades, va casi siempre de la mano del inmovilismo y la apatía.

Ciertamente, no se trata de negar los efectos desiguales y desventajosos que para los países menos desarrollados impone el capitalismo global. Así, por ejemplo, en los países desarrollados, sobre todo los europeos y Estados Unidos, no ha sido del todo congruente su discurso de apertura comercial y libre mercado con sus propias prácticas, más bien proteccionistas. En los hechos, los acuerdos de libre comercio e intercambio de bienes entre países latinoamericanos y países desarrollados han encontrado múltiples trabas, restricciones e interpretaciones parciales por parte de estos últimos y en perjuicio de aquéllos. Pero tampoco se puede depositar en estas variables todo el peso de la debacle económica, social y política de nuestros países.

Es decir, ya no tienen cabida ni el victimismo que arrastramos cultural e históricamente los países subdesarrollados, ni el proteccionismo disfrazado de libre mercado de los países desarrollados. De lo que se trata hoy es de introducir coherencia en el mundo de las relaciones internacionales para el beneficio de todos. La idea misma de globalización sigue esperando por contenidos y valores mucho más humanos y corresponsables de los que ahora posee en términos de racionalidad y expansión de

mercados.

De hecho, el lamento victimista ya ha tocado a los partidarios de un nuevo discurso sobre la pobreza. Se afirma, por ejemplo, que hay una relación directa entre la deuda social y la deuda externa, por lo que en un esquema de prioridades los países subdesarrollados habrán que sacrificar (desconocer) a la segunda a favor de la primera; al fin y al cabo, considera este discurso, la deuda externa ha sido un mecanismo estructuralmente injusto que contribuye al enriquecimiento de unos cuantos países y al empobrecimiento de muchos otros. Obviamente, las consecuencias perversas de este planteamiento son la irresponsabilidad y sobre todo la desconfianza hacia fuera, lo que a la larga dificultaría aún más enfrentar el problema de la pobreza.

Para avanzar, América Latina debe buscar corresponsabilidad de los otros. Pero para hacerlo debemos comenzar a quitarnos la máscara, a ser verdaderamente autocríticos, a mirarnos en el espejo sin velos; es decir, debemos abandonar para siempre la retórica victimista y tercermundista a la que hemos recurrido permanentemente. Tendríamos pues que cambiar de dirección e indagar la parte de responsabilidad de nuestros propios gobiernos y de las oligarquías locales en la opresión y la penuria de nuestras sociedades, y no sólo hablo de ineficacia, sino sobre todo de prácticas perversas y asfixiantes, como la corrupción, el centralismo, la simulación, el clientelismo, y un interminable etcétera.

Por otra parte, parece haber consenso sobre el hecho de que la mayoría de las democracias latinoamericanas están desarrollando patrones diferentes a los normalmente asociados a las democracias consolidadas, estables y fuertemente institucionalizadas. Así, por ejemplo, los presidentes elegidos democráticamente en la región gobiernan muchas veces sin ser constreñidos por reglas, instituciones y otros agentes estatales. Lo cual tiene como contraparte ciudadanías no siempre activas o participativas. En estas condiciones, es claro que la toma de decisiones en materia de políticas se da más por una suerte de "decretismo" que por intercambio o *trade-of*, al tiempo que los gobiernos que obtienen su mandato inicial de elecciones populares tienden a gobernar "sobre" los partidos, las legislaturas, las cortes, los grupos de interés y las organizaciones de la sociedad civil. Y en la medida que ello ocurre, crece la debilidad de las instituciones, la irresponsabilidad, la corrupción y el cinismo de las autoridades y se afirma la crisis de legitimidad.

Una reflexión final

De lo dicho hasta aquí, me parece importante resaltar que en el México postautoritario de hoy hay pocas cosas del nacionalismo revolucionario de ayer que deberían mantenerse. Así, por ejemplo, la idea de un destino nacional perfectamente definido en sus contenidos debe ceder su lugar a una idea más plural y flexible acorde con los nuevos tiempos democráticos. Hoy ya nada es oficial, ni la política, ni un partido, ni la historia, ni nuestra representación como nación. Por otra parte, la defensa de nuestra soberanía frente a Estados Unidos debe ser más realista que visceral, más apegada a la realidad asimétrica de nuestras relaciones bilaterales que a un ideal imposible de reciprocidad. De lo que se trata es de investir de dignidad la defensa de nuestra soberanía, no de alimentar otra vez un mito de nacionalismo viejo. Finalmente, la globalización contemporánea constituye una valiosa oportunidad para que redefinamos y repensemos muchos de nuestros rasgos culturales que han colocado a nuestro país en la situación desventajosa en la que se encuentra en el mundo. Sin sacrificar nuestra identidad nacional, quizá llegó la hora de ser más autocríticos. Creo que todos saldríamos ganando.

BIBLIOGRAFÍA

Bartra, Roger (2002), *Anatomía del mexicano*, Barcelona, Plaza y Janés.

Brading, David (1980), *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era.

Florescano, Enrique (2002), *Historia de las historias de la nación mexicana*, México, Taurus.

Fusi, Juan Pablo (2003), *La patria lejana. El nacionalismo en el siglo XX*, Madrid, Taurus.

García Clarck, Rubén R. (2002), *Dilemas de la democracia en México*, México, Instituto

Electoral de Querétaro.

González Avelar (2003), "Nación y nacionalismo", *Este País*, México, núm. 146, mayo, pp. 26-33.

Hamnett, Brian (2001), *Historia de México*, Madrid, Cambridge University Press.

Kymlicka, Hill (2003), *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*, Barcelona, Paidós.

Meyer, Lorenzo (2002), *La marca del nacionalismo*, México, El Colegio de México, Senado de la República.

Montalvo, Enrique (1986), *El nacionalismo contra la nación*, México, Grijalbo.

Palti, Elías (2003), *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*, Buenos Aires, FCE.

Paz, Octavio (1947), *El laberinto de la soledad*, México, FCE.

Sen, Amartya (2001), *Bienestar, justicia y mercado*, Barcelona, Paidós.

Tenorio Trillo, Mauricio (2000), *De cómo ignorar*, México, CIDE, FCE.

[1] Tomo la definición de "nacionalismo" y de "cultura nacionalista" de Tenorio Trillo (2000). Véase también Palti (2002), Fusi (2003) y Kymlicka (2003).

[2] Sobre la génesis del nacionalismo en México son imprescindibles los trabajos de Brading (1980), Montalvo (1985), Bartra (2002), Paz (1949), Meyer (2000), Florescano (2002).

[3] Sobre este punto véase Tenorio Trillo (2000).

[4] Sobre este punto véase Montalvo (1985) y Hamnett (2001).

[5] Véase al respecto Bartra (2002).

[6] Sobre esta discusión véase el trabajo de García Clarck (2002).

[7] Véase en especial el libro de Meyer (2000).

[8] Esta problemática ha sido tratada con pulcritud por González Avelar (2003).